

¿CRISIS EN EUROPA O EUROPA EN CRISIS?

La crisis económica internacional en la que estamos inmersos ha servido para poner de manifiesto algunas de las más importantes debilidades sobre las que está sustentado el llamado proceso de construcción de Europa.

Estas debilidades están provocando que lo que comenzó, allá por mediados de 2007, en una crisis económica centrada, única y exclusivamente, en un sector y en un ámbito geográfico determinado, el sistema financiero norteamericano, se halla trasladado al viejo continente no sólo como crisis económica, sino como una crisis global, incluyendo no sólo el ámbito económico propiamente dicho, sino haciéndola extensible al terreno social, institucional y de derechos, es decir, lo que nació, teóricamente, como un desajuste financiero ha provocado en Europa una auténtica crisis de democracia.

Lo cierto es que, en el origen de toda esta difícil situación, se encuentra el hecho de que a los trabajadores europeos, a los ciudadanos de Europa, no nos contaron en su día toda la verdad sobre como se estaba construyendo el proyecto de Unión Europea, ni ahora se nos está contando toda la verdad sobre las medidas que se están tomando para lograr salir de esta crisis excesivamente prolongada ya en el tiempo.

Por ello, a modo de reflexiones generales, en este documento vamos a intentar analizar, desde el punto de vista de nuestro Sindicato, algunas de estas mentiras, falsedades o, al menos, verdades a medias, a las que estamos haciendo referencia:

- *“Un proyecto político de Europa fuerte, pero basado en nacionalismos egoístas”*
- *“Alemania como motor de Europa, cuando en realidad se trata de una Europa alemana”*
- *“Una economía europea fuerte, una Europa al servicio de los mercados”*
- *“El euro como moneda común y no el euro como una divisa para todos los países”*
- *“Más control sobre el sistema financiero y no una política macroeconómica al servicio de los bancos”*
- *“Una Europa más democrática y no con instituciones sin peso y con gobiernos en manos de tecnócratas”*
- *“Incremento de la competitividad en la zona euro en lugar de reducción de salarios y de derechos”*
- *“Rápida salida de la crisis cuando apenas eran brotes verdes”*
- *“Políticas de ajuste como mejor medida para salir de la crisis”*
- *“Políticas de rescate que hundan más a los rescatados”*
- *“A modo de resumen: crisis en Europa o Europa en crisis”*

- *“Un proyecto político de Europa fuerte, pero basado en nacionalismos egoístas”*

Desde los orígenes de la actual UE27, allá por la constitución del Benelux, se nos viene haciendo creer la idea de que Europa estaba intentando llevar a cabo un fuerte proyecto político conjunto, capaz de plantar cara, especialmente en el terreno económico, al gigante norteamericano.

Resultaba evidente que una Europa dividida en países no podría desbancar nunca a EEUU de su privilegiada posición de primera potencia económica mundial, de ahí la necesidad de emprender este ambicioso proyecto económico, social y político de construcción de una Europa unida.

Desgraciadamente, este “romántico” proyecto no es del todo cierto y, realmente, cada uno de los pasos que se ha ido dando en este arduo camino siempre ha sido en función de los intereses de los distintos Estados europeos, dependiendo de la fuerza de estos en cada uno de los momentos.

En la actualidad, es Alemania la que parece ostentar esta batuta de mando y la que dicta los pasos a seguir, lógicamente, en función de lo que resulte más beneficioso para la economía germana.

En definitiva, lo cierto es que nunca se ha pretendido crear un proyecto de unificación política fuerte en Europa porque nunca los Estados Miembros (EE.MM.) han tenido la más mínima intención de renunciar a sus intereses particulares. Es por tanto imposible crear una Europa fuerte si la pretendemos sustentar en egoístas nacionalismos.

- *“Alemania como motor de Europa, cuando en realidad se trata de una Europa alemana”*

Desde la reconstrucción de Alemania tras la II Guerra Mundial y, especialmente tras la posterior unificación de las dos Alemanias, el Estado germano se erigió como principal motor del conjunto de la economía europea y, consecuentemente, también como el más destacado de los valedores del proyecto de construcción de Europa.

Esta implicación alemana con el conjunto de la UE se veía reflejada en la enorme aportación que ofrecían al conjunto de los Fondos Europeos en cada uno de los distintos periodos presupuestarios que se han ido aprobando.

Lógicamente, aunque esta parte no siempre se nos ha contado, también Alemania era la más favorecida, de forma indirecta, por la posterior aplicación de estos Fondos ya que, a medida que se iba incrementando el nivel de vida de los ciudadanos del resto de EE.MM., es decir, a medida que avanzábamos en términos de cohesión real, más se incrementaba el nivel de exportaciones y de facturación de las principales empresas alemanas. En este sentido, pocos ejemplos son más evidentes que lo acontecido con Volkswagen y con su enorme implantación en Europa, pasando de ser el “coche del pueblo alemán” a ser el “coche del pueblo europeo”.

La llegada al poder de la Canciller Merkel ha supuesto un claro punto de inflexión en esta materia. El objetivo de esta nueva Alemania no es ya el de “ayudar”, con su posterior recompensa, al conjunto de la economía europea sino, más bien, que todas las economías europeas lleven a cabo actuaciones que sean beneficiosas para la economía alemana. Es decir, Alemania ya no quiere ser el motor de Europa sino que pretende “alemanizar” Europa.

- *“Una economía europea fuerte, una Europa al servicio de los mercados”*

Uno de los objetivos fundamentales de la unificación económica era el dotar a los ciudadanos europeos de una Administración con la suficiente fortaleza para ser capaz de intervenir en la economía y no estar supeditada a los caprichosos intereses de los mercados.

Se trataba pues de unirnos para, de esta forma, lograr salvar los periodos cíclicos de crisis, propios del capitalismo, amparándonos en una UE con una capacidad presupuestaria y de inversión sin precedentes en la historia económica reciente a nivel internacional.

Además, entendíamos que esta fortaleza se basaba en dos elementos fundamentales, el desarrollo del Estado Europeo del Bienestar, concepto ampliamente diferenciado del modelo social norteamericano (gran rival económico de la UE) y en la apuesta por la política de cohesión social y de convergencia real, como fórmula óptima de minimizar los perversos efectos que las crisis económica tienen sobre los ciudadanos y sobre los Estados más débiles desde el punto de vista económico.

De nuevo la teoría ha vuelto a darse de bruces con la realidad. En la práctica, lo cierto ha sido que todos los problemas que estamos citando en la construcción de Europa han propiciado que, cuando ha llegado el momento de la verdad, cuando la crisis económica ha hecho su aparición en escena, la UE no ha sido tan fuerte como nos habían hecho creer y, del mismo modo que si fuera un simple Estado, se ha sometido a las decisiones y a los intereses de los representantes del capital.

No deja de ser curioso como, en los últimos tiempos, la totalidad de las recomendaciones para salir de la crisis realizadas por el Fondo Monetario Internacional (FMI), esos que no fueron capaces de predecir ni la actual crisis ni sus dramáticas consecuencias, eran refrendadas y defendidas por Bruselas prácticamente de forma instantánea.

Tal ha sido el sometimiento a los deseos de los mercados y del capital que la UE no ha dudado en apoyar y fomentar medidas orientadas a lograr salir de la crisis a base de reducir los derechos de los europeos y de empeorar sus niveles de calidad de vida. Dicho de otra forma, los ciudadanos europeos hemos dejado de ser el actor principal de la construcción de Europa.

- *“El euro como moneda común y no el euro como una divisa para todos los países”*

El euro ha sido, y todavía es, el primer experimento monetario del siglo XXI. No es el primero de la historia ni posiblemente sea el último, pero sí es el más importante de todos los emprendidos hasta ahora ya que afecta a un territorio que supone más del 15% del PIB internacional y a casi la mitad de las exportaciones mundiales.

Son muchos los historiadores que opinan que el euro es un invento político europeo cuyo principal objetivo es el de evitar el estallido de una futura III Guerra Mundial en el viejo continente. Algo de verdad debe tener esta afirmación ya que, de no ser así, es difícilmente explicable como los ideólogos de la Unión Económica Monetaria (UEM) plantearan que los Estados pasaran a utilizar una moneda única sin unificar, de forma simultánea, la política fiscal.

Los Estados son libres de diseñar su particular política fiscal pero sin poseer ningún tipo de control sobre la política monetaria, ya en manos del Banco Central Europeo (BCE). Esto ha provocado que esta política fiscal quedara supeditada a los ingresos tributarios de cada Gobierno y a su capacidad de endeudamiento, teniendo que recurrir al mercado financiero para ello, debido a que el BCE no puede comprar, de forma directa, deuda emitida por los Gobiernos. En la práctica, esto se ha traducido en un incremento del poder real de estos mercados financieros, capaces de condicionar enormemente la política macroeconómica de los Estados.

En definitiva, este proceso de unificación monetaria sin un proceso paralelo de unificación de la política fiscal y la cesión de soberanía que supuso dejar la política monetaria en manos del BCE, que no deja de ser un banco central pero que tampoco puede ni quiere actuar como tal, ha provocado que para los Estados miembros de la eurozona el euro más que nuestra propia moneda, sea una divisa que responde a criterios que poco o nada tienen que ver con las necesidades económicas de sus ciudadanos.

- *“Más control sobre el sistema financiero y no una política macroeconómica al servicio de los bancos”*

Como hemos dicho con anterioridad el objetivo fundamental de la Unión Monetaria era el de establecer una eurozona con la suficiente fuerza y capacidad de intervención económica como para no tener que estar supeditada a los intereses especulativos de los mercados y de los representantes del capital.

Uno de los aspectos más importantes de este objetivo era el de incorporar una serie de medidas normativas que permitieran a los Estados tener un mayor nivel de control sobre las actuaciones de las Entidades Financieras (EE.FF.), al tiempo de lograr que una parte, aunque fuera ínfima, de los enormes beneficios logrados por estas repercutieran en una mejora de la calidad de vida del conjunto de la ciudadanía europea.

Los repetidos intentos de instaurar la famosa Tasa Tobin, o cualquier otro instrumento tributario que lograra fiscalizar las transacciones financieras internacionales han sido un claro ejemplo de este intento de los Estados de incrementar el nivel de regulación aplicable a la actividad económica propia de estas EE.FF.

Nuevamente las palabras se las ha llevado el viento y todo este ideario de una economía (representada por los más fervientes representantes de los intereses económicos: la Banca) al servicio de sus ciudadanos se ha quedado en nada.

Peor aún, lo cierto es que en los últimos meses la política macroeconómica no hace más que responder a las condiciones de confianza exigidas por el sector financiero en lugar de orientarse a impulsar el crecimiento económico y a generar empleo, lo cual, a su vez, incrementaría la recaudación tributaria y facilitaría la estabilidad presupuestaria.

Por si esto fuera poco, los enormes montantes de capital público inyectados a la banca, para dotarla de liquidez, no han supuesto ningún tipo de expansión del crédito a las empresas, esencial para el fomento de la inversión, la producción y el empleo, ni menos aún a las economías domésticas, para que estas pudieran aumentar sus niveles de consumo privado. Por el contrario, este dinero público sólo ha servido para que las EE.FF. pudieran hacer frente al pago de sus obligaciones, cubrir sus niveles de capitalización y salvar sus propios balances de cuentas.

- *“Una Europa más democrática y no con instituciones sin peso y con gobiernos en manos de tecnócratas”*

Prácticamente a diario escuchamos al representante de alguno de los EE.MM. o de las propias instituciones europeas decirnos que la manera de superar la difícil situación actual es a partir de una profundización en el proyecto de construcción de Europa.

No obstante, este aclamado proceso de construcción de Europa ha perdido, con el estallido de la crisis, uno de los adjetivos que siempre eran empleados en el pasado: “democrático”.

Indudablemente, desde nuestro Sindicato apoyamos decididamente la construcción de una Europa más democrática. El problema radica en que, desafortunadamente, los acontecimientos vividos durante la gestión de la actual crisis no hacen más que dar pasos en un sentido totalmente contrario.

En relación a esto estamos viendo como las principales instituciones europeas (Comisión y Parlamento) apenas si tienen el más mínimo peso político y son las reuniones de Jefes de Estado, las “históricas cumbres salvadoras” cuyos efectos se diluyen en el tiempo a los pocos días, o los encuentros del G-20 los que finalmente determinan que tipo de actuaciones se van a llevar a cabo en el seno de la UE.

Esta pérdida de democracia real se está viendo reflejada en los ínfimos niveles de participación, del conjunto de los ciudadanos europeos, en los procesos electorales al Parlamento Europeo. Es difícil hacer participar a la ciudadanía de lo que debe ser una “fiesta de la democracia” si estas instituciones, además de aparecer como tremendamente lejanas, tienen un peso específico muy reducido en el diseño del futuro de Europa.

Otro ejemplo claro de la crisis democrática que asola al continente europeo es el hecho de que se le encomiende la difícil misión de salvar la economía de un país a gobiernos y ejecutivos tecnócratas que no han sido elegidos por el pueblo. La caída del gobierno de Silvio Berlusconi en Italia y el acceso al poder de Mario Monti en un claro ejemplo de ello.

Peor aún fue la amenazante reacción del conjunto de la UE cuando el anterior gobierno griego simplemente planteó la idea de realizar un referéndum para saber si el pueblo heleno estaba dispuesto o no a asumir las enormes restricciones que planteaban la UE y el FMI como condicionantes a la concesión del Plan de Rescate.

En definitiva, tal como hemos citado anteriormente, los ciudadanos europeos hemos dejado de ser los protagonistas del proceso de construcción de Europa hasta el punto de se intenta incluso evitar que podamos dar nuestra opinión ante cuestiones que van a determinar nuestro futuro más reciente.

- *“Incremento de la competitividad en la zona euro en lugar de reducción de salarios y de derechos”*

Mucho se habla también sobre la necesidad de incrementar la productividad, en el conjunto de la zona euro, como cuestión indispensable para lograr reactivar la economía y evitar que se produzcan situaciones tan difíciles, en el futuro próximo, como la que ahora mismo estamos viviendo.

Nuevamente los dirigentes europeos y la clase empresarial vuelve a mentir a los ciudadanos ya que, al hablar de incrementos de productividad, nunca lo ligan a factores tan importantes como la formación, la investigación, la innovación o la excelencia, elementos que realmente, en una economía moderna, son los que conllevan un importante incremento de la productividad.

Desgraciadamente, cuando en el viejo continente se habla de incremento de la competitividad siempre se pretende lograr a través de la reducción de los salarios sin ser conscientes de cómo la pérdida de poder adquisitivo de los trabajadores reduce el consumo interno y, consecuentemente, la aportación de este al Producto Interior Bruto (PIB) del conjunto de la Unión Europea.

Además, al contar con la moneda única, los EE.MM. no pueden recurrir a devaluar la moneda para mejorar la competitividad, como tantas veces se ha hecho a lo largo de la historia económica de Europa y como sigue haciendo actualmente Estados Unidos, por lo que, de forma equivocada, están inmersos en una campaña de reducción de salarios y de eliminación de prestaciones para de esta forma intentar volverse más competitivos.

Dado que esta es la estrategia seguida por prácticamente la totalidad de los países, sus efectos son nulos y no sólo no logran mejorar la competitividad con respecto al resto de países de su entorno económico sino que además, están contrayendo sus mercados internos y, de esta manera, prolongando la crisis y la actual recesión económica.

Intentar competir en salarios con otras economías emergentes como puede ser la China es una estrategia tremendamente errónea, que no haría más que prolongar un nuevo y duro periodo de recesión y conllevaría nuevos desequilibrios sociales que pondrían en riesgo no sólo el Estado del Bienestar, si es que algo queda de él, sino el propio modelo social y democrático europeo.

- *“Rápida salida de la crisis cuando apenas eran brotes verdes”*

El estallido de la actual crisis económica en la que estamos inmersos no sólo supuso el fin de un largo y prospero periodo de crecimiento y de bonanza económica, también supuso el primer problema económico real al que debía enfrentarse Europa desde la implantación de la moneda única.

Rápidamente estallaron multitud de dudas sobre la forma en la que la UE intentaría hacer frente a esta nueva situación. En un principio, la mayor parte de los gobiernos intentaron evitar el “contagio” de la crisis financiera norteamericana a partir de la puesta en marcha de políticas fiscales expansivas de marcado corte keynesiano.

En España, estas políticas se plasmaron en el Plan Español para el Estímulo de la Economía y el Empleo, el Plan E, el cual supuso una más que importante cuantía de dinero público puesto al servicio del fomento de la actividad económica y de la generación de empleo. La cadena de razonamiento era simple: más inversión pública conllevaría la generación de empleo, esto se traduciría en una mayor recaudación tributaria y, con ello, el Estado recuperaría la inversión inicial y mejoraría en términos de déficit público.

Los resultados de esta política keynesiana no fueron similares en todos los países por lo que, mientras que en algunos, como Alemania o Francia, supusieron un importante repunte económico, en otros, como España, no tuvieron los efectos deseados, en parte debido a que la patronal no utilizó esta inversión pública para crear empleo, y sí provocaron nuevos problemas de déficit público.

De esta forma, llegamos a los primeros meses de 2010 y lo que apenas era el atisbo de ciertos “brotes verdes”, como lo definió la entonces Ministra de Economía, Elena Salgado, se nos quiso vender como el final de la crisis. Tanto fue así que la UE dio por finalizada, de forma oficial, la crisis al permitir al BCE volver a incrementar el tipo de interés, todo ello mientras que la Reserva Federal Norteamericana mantenía vigente su política monetaria de dinero a coste cero.

Es cierto que los Estados europeos más fuertes estaban logrando reactivar sus economías, pero no menos cierto es también que las más débiles se encontraban muy lejos de poder subirse a ese ansiado tren.

Este “teórico” fin de la crisis, junto con los problemas de déficit público de las economías periféricas, fue utilizado como argumentario por la UE para llevar a cabo un radical giro de su política socioeconómica hacia políticas contractivas que poco o nada tienen que ver con esas otras keynesianas que habían conllevado los primeros atisbos de recuperación económica.

Europa vuelve a mostrar su tremenda insolidaridad interna poniendo en marcha políticas neoliberales de recortes aun sabiendo que la consecuencia directa para las economías más atrasadas eran evidentes: más recesión y más paro. El final de la crisis estaba muy lejos, pero la UE creía conveniente darla oficialmente por finalizada.

- *“Políticas de ajuste como mejor medida para salir de la crisis”*

La presión sometida por Alemania, especialmente personalizada en su canciller Merkel, que recordemos ya había empezado a reactivar su economía de forma más que evidente, provocó que la totalidad de la zona euro pasara a afrontar, erróneamente, el problema de la deuda como si se tratara de un auténtico problema de solvencia financiera.

Es cierto que Europa tiene un problema de deuda, recordemos que en parte provocado por la escasa regulación realizada sobre el sistema financiero, pero no lo es que ello sea un motivo real para no afrontar urgentemente la necesaria política de crecimiento y de generación de empleo que demandamos los ciudadanos europeos.

Las desmesuradas políticas de ajustes que se están poniendo en marcha, lo llevado a cabo por el Gobierno de Rajoy en España es un claro ejemplo de ello, nos llevan, irremediablemente a una difícil situación de recesión económica que además, dicho sea de paso, es claramente contradictoria con el anunciado objetivo de saneamiento de las cuentas del sector público.

Especialmente preocupante era el extraño consenso operante entre los dirigentes europeos a favor de estas políticas de recortes de los derechos sociales sin precedentes en la historia reciente de Europa.

Afortunadamente, la llegada al poder, en el país vecino, del socialista François Hollande, parece haber supuesto un punto de inflexión y, al menos ahora, los dirigentes europeos ya aceptan hablar sobre la necesidad de suavizar los recortes y aplicar las tan ansiadas políticas de crecimiento. Por lo tanto, como así hemos denunciado en multitud de ocasiones, no era cierto que los recortes de derechos y el desmantelamiento de “lo público” nos fuera a sacar de la crisis.

- *“Políticas de rescate que hundan más a los rescatados”*

Las políticas de rescate aplicadas a Grecia, Irlanda, Portugal, y, ahora también a España, aunque todavía no sepamos a ciencia cierta en que términos está siendo, conllevan una serie de condicionantes económicos, implantados por el propio BCE y el FMI, excesivamente restrictivos para los países rescatados.

A su vez, las mismas se están dando en un periodo de crisis económica generalizada, por lo que el sector privado, en cada uno de estos países, no está llevando a cabo prácticamente ningún tipo de inversión. En el mismo sentido, el difícil momento por el que pasan las economías domésticas no hace más que contraer el nivel de consumo interno hasta niveles no conocidos hasta ahora.

Por lo tanto, la intolerable disciplina fiscal que imponen estos teóricos “rescatadores” no hacen más que convertir la supuesta ayuda en una nueva política pro-cíclica, es decir, no hace más que mantener, de forma muy prolongada en el tiempo, los devastadores efectos que la crisis está teniendo sobre estas economías más débiles.

Todo lo ocurrido en Grecia, por ejemplo, no hace más que poner de manifiesto la complicada situación que se le viene encima a un país cuando acepta uno de estos llamados planes de rescate. Las huelgas generales son ya innumerables, enormes dificultades para lograr conformar gobierno, la ciudadanía en la calle a diario mostrando su indignación, dudas sobre la conveniencia o no de mantenerse dentro del sistema del euro y, lo que es peor, una enorme incertidumbre sobre que va a ocurrir con la economía griega y con Grecia en general, en el futuro más próximo.

En definitiva, lo ocurrido hasta ahora con los países rescatados demuestra como estas actuaciones más que salvar, lo que hacen es hundir a los países que se ven obligados a solicitarlas, incorporando nuevas y más importantes dificultades a unas economías nacionales ya de por sí tremendamente maltrechas.

- *“A modo de resumen: crisis en Europa o Europa en crisis”*

Como dijimos al principio de este documento, es cierto que el origen de la actual crisis económica se puede situar en el sector financiero norteamericano. A pesar de ello, la rapidez de su traslado a Europa, lo devastador de sus efectos sobre nuestra economía y lo excesivamente prolongada en el tiempo, sin que se sepa como reaccionar ante ella, ponen de manifiesto la enorme debilidad de los pilares en los que se sustentaba el proyecto de unión monetaria y, con ello, de UE.

Con una moneda común, con 27 políticas fiscales distintas y sin un auténtico Banco Central Europeo comprometido con la superación de las actuales dificultades económicas y no, únicamente, con controlar que se cumplan los objetivos de inflación, es imposible hacer frente a una crisis de estas características.

El euro es, sin duda, la más arriesgada y ambiciosa operación de ingeniería financiera y monetaria de la historia económica de la humanidad, pero lo cierto es que el experimento no ha salido todo lo bien que se esperaba y no ha servido como paraguas para resguardar a los Estados de la tremenda ola en la que se ha convertido esta crisis, la cual arrastra con todo y no parece tener fin.

La debilidad del proceso de construcción europeo ha provocado que la crisis haya tenido un efecto demoledor en lo que a destrucción de puestos de trabajo, cierre de empresas y caída del PIB se refiere, mucho más pronunciado que en el resto de economías del entorno de la UE.

Pero a su vez, las políticas de recortes y de reducción de derechos que se están llevando a cabo están suponiendo nuevos alicientes a la propia crisis, es decir, están actuando como políticas pro-cíclicas que en vez de ayudarnos a superar la nefasta situación actual nos están encaminando, de manera irremediable, hacia el oscuro y tenebroso abismo de una nueva y más pronunciada recesión económica.

Por lo tanto, no podemos continuar diciendo que esto es una crisis financiera, al menos en Europa no. Lo que en su día fue una crisis financiera ahora se ha convertido en una crisis productiva, institucional, política, ideológica, laboral, social e incluso democrática.

Una crisis productiva como así pone de manifiesto los nuevos datos de caída del PIB en la mayor parte de los Estados europeos, muy lejos por tanto de valores en torno al 2 / 3% que hacen falta para lograr reactivar una economía y crear puestos de trabajo

Una crisis institucional porque ninguno de los Gobiernos europeos, ni menos aún las Instituciones de la UE, parecen saber que hacer para solucionar los problemas de los ciudadanos.

Una crisis política, capaz de llevarse por delante a los gobiernos electos o de hacer que países que han sido la cuna de la civilización democrática tenga auténticos problemas para ser capaz de conformar un gobierno.

Es también una crisis ideológica, porque está provocando el auge de ciertas ideologías que se suponía que, una Europa unida, sería capaz de extinguir para siempre. El avance de la ultraderecha e incluso de partidos políticos declarados, abiertamente, como fascistas y xenófobos es un claro ejemplo de esta situación.

Una crisis laboral, porque es en términos de destrucción de puestos de trabajo donde más cruel está siendo la crisis. Cada día son más los trabajadores en paro y cada vez son más el número de hogares donde todos sus miembros se encuentran en una clara situación de riesgo de exclusión social.

Una crisis social, porque las medidas de ajustes están atacando, de forma directa, a las bases sobre las que creíamos construido el Modelo Social Europeo de Estado del Bienestar. Cada vez son más los recortes planteados en materias como Sanidad, Educación, Pensiones o Vivienda... por lo que, cada vez en mayor medida, se está destruyendo “lo público” en beneficio de “lo privado” en una clara intención de que, precisamente ahora en los momentos de mayor dificultades económicas, tengamos que recurrir al tristemente famoso “sálvese quien pueda”.

Y, por último, en una crisis democrática, donde los ciudadanos europeos creen que sus opiniones nunca son tenidas en cuenta por lo que, difícilmente, van a convertirse en firmes defensores de “Europa” y de todo lo que este amplio concepto representa. La imagen de los trabajadores en la calle mostrando su indignación y su rechazo a las actuales políticas neoliberales se ha convertido ya en una costumbre de la que, nuestros dirigentes, parecen hacer caso omiso.

Por tanto, en última instancia, han sido cuestiones como la permisiva desregulación financiera; el auge de las desigualdades y los retrocesos en materia de cohesión social; la quiebra de las reglas del juego en materia laboral y de negociación colectiva en favor de los empresarios; el fomento de las actuaciones especulativas y de las inversiones no productivas; el completo desmantelamiento del Estado del Bienestar y de todo lo que sonara a “público” o el sometimiento de las políticas macroeconómicas a la defensa de los intereses de las entidades financieras; las que nos han conducido a un nuevo periodo de recesión económica.

En este sentido, la única forma de lograr dar la vuelta a esta situación es afrontar, uno por uno, estos problemas que acabamos de citar, llevando a cabo un amplio proceso de regulación sobre el sistema financiero a nivel europeo; retomando el impulso de las políticas de convergencia real y de igualdad; dando marcha atrás con las reformas laborales que no sólo no crean empleo sino que nos condenan a la precariedad laboral; apoyando decididamente las inversiones productivas que crean empleo y mejoran el nivel de vida del conjunto de la sociedad, al tiempo que castigar, fiscalmente, todas aquellas otras inversiones especulativas; reforzando los sistemas de servicios públicos y mejorando, día a día, la calidad y la cobertura de los mismos para, de esta forma, profundizar en el desarrollo del Estado del Bienestar; la puesta en marcha de políticas macroeconómicas que se traduzcan en la mejora de la calidad de vida de los trabajadores europeos, es decir, políticas que en lugar de rescatar a los bancos rescaten a los ciudadanos.

Por último, es igualmente necesario transformar todas estas falsedades y mentiras que hemos denunciado en este documento en verdades irrefutables.

- *“Un proyecto político de Europa fuerte, dejando atrás nacionalismos egoístas y absurdos”*
- *“Alemania como motor económico de Europa, al ser también la más beneficiada del progreso europeo”*
- *“Una economía europea fuerte y capaz de hacer frente a los especulativos intereses de los mercados”*
- *“El euro como moneda común al servicio del bienestar de los europeos”*
- *“Más control sobre el sistema financiero a través de normas conjuntas en todos los Estados”*
- *“Una Europa más democrática, con instituciones sólidas que cuenten con el apoyo de los ciudadanos”*
- *“Incremento de la competitividad en la zona euro a través de la mejora de la formación, la innovación y la búsqueda de la excelencia”*
- *“Recuperación económica sin dejar a ningún Estado atrás”*
- *“Políticas de crecimiento como única medida posible para salir de la crisis”*
- *“Políticas de rescate que realmente sirvan de ayuda a los rescatados”*
- *“Una Europa capaz de afrontar y superar la crisis”*